

**“¿Y vos qué sabés si no lo viviste?”
Infancia y dictadura en un pueblo de provincia**

Valeria Llobet

CONICET / Universidad Nacional de San Martín

Empecé a recordar con mucha más precisión que antes, cuando sólo contaba con la ayuda del pasado.

La casa de los conejos. Laura Alcoba.¹

I. Introducción

Las formas en que la/s violencias de estado y los procesos autoritarios han actuado históricamente respecto de la infancia varían desde la eliminación de niños—ya sea bajo argumentos ideológicos, étnico-raciales, religiosos—hasta las formas de adoctrinamiento y formación cultural y política que preocuparon profundamente a Hannah Arendt. En el caso de la última dictadura argentina, se ha señalado que niños y jóvenes se contaron entre los principales destinatarios de políticas de represión directa y cultural.²

¹ Laura Alcoba, *La casa de los Conejos* (Buenos Aires: Editorial Edhasa, 2008).

² Estela Schindel, “El sesgo generacional del terrorismo de Estado: niños y jóvenes bajo la dictadura argentina (1976-1983)”. En Bárbara Potthast y Sandra Carreras (eds.), *Entre la familia, la sociedad y el Estado. Niños y jóvenes en América Latina (siglos XIX-XX)* (Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert, 2005).

Para el resto, aquellos niños considerados “normales”, en los que la dictadura cifraba la esperanza de la restauración de los “valores nacionales” por ellos definidos (dentro del espectro ideológico del nacionalismo católico), toda una batería de propaganda—bajo las formas de políticas culturales y educativa—fue desarrollada. Censura de libros, prohibición de la enseñanza de contenidos considerados subversivos—por ejemplo la matemática moderna—despliegue de patriotismo militarista, desarrollo de programas específicos de vinculación del ejército y la gendarmería con la escuela, interpelaciones públicas a los padres como custodios celosos de las dimensiones ideológicas y morales de la transmisión escolar y la vida pública, constituyen algunos de los ejemplos de modos de intervención.

Tanto en los estudios sobre socialización o sobre transmisión, como en las preocupaciones por la producción de subjetividad, “lo infantil” inquieta como un territorio crucial en la disputa entre reproducción y transformación del orden social. En esa línea, me interesa colocar una mirada en las maneras en que, durante la última dictadura, la infancia fue experimentada en el continuo de la vida cotidiana, y es recordada y puesta en sentido desde el presente. Un análisis en esta clave generacional ha sido abordado, hasta donde he podido revisar, sólo en escasas oportunidades.

En este trabajo, mi intención es revisar, a través de la exploración de los recuerdos de sujetos entonces niños, las formas de inscripción subjetiva de tal experiencia, esto es, de la vida cotidiana infantil en el marco de una dictadura, en una ciudad mediana del interior del país. Me propongo presentar un recorrido que recupere algunas aristas del espacio de experiencias construidas como memoria biográfica por personas que vivieron su infancia durante la última dictadura militar en Argentina, y cuyas familias no fueron ni “víctimas directas”³ (es decir, no vivieron la represión, el exilio o la desaparición de alguno/s de sus miembros) ni perpetradores (miembros activos de las fuerzas de seguridad involucrados en secuestros, tortura y asesinato). Para ello, realicé historias de vida típicas a cuarenta y cuatro

³ El entrecomillado quiere señalar una posición de distanciamiento crítico con la idea de que la afectación haya estado circunscripta a las personas y familias víctimas de actos represivos.

personas⁴ nacidas entre 1966 y 1972,⁵ que hubieran vivido en una ciudad mediana del interior,⁶ o en el área metropolitana de Buenos Aires.

A partir de las narrativas de las y los entrevistados que no vivían en la metrópoli, y de las fuentes secundarias exploradas, revisaré cómo los modos de socialización podían en algunos casos entrar en resonancia con los valores promovidos por la dictadura, así como las relaciones sociales densas de un pueblo de provincia servían tanto a formas de protección, solidaridad y resistencia, como a modos de control social de la disidencia y las diferencias singulares.

Para ello, abordaré por un lado las formas de construcción de los vínculos paterno-filiales y de género, persiguiendo allí las imbricaciones sutiles entre afectos y política, así como los modos de convivencia y coexistencia entre adultos y niños, revisando las relaciones intergeneracionales a partir de problematizar la idea de la separación total de los mundos adulto e infantil. Por otro lado, procuraré analizar los modos en que los hechos políticos son incorporados en la vida

⁴ Realicé, entre setiembre de 2012 y diciembre de 2013, cuarenta y cuatro entrevistas de entre hora y media y dos horas de duración. Doce entrevistados vivieron toda su infancia en Concepción del Uruguay y otros dos se mudaron desde Buenos Aires siendo pequeños. Completan el trabajo otros dieciséis sujetos que vivieron en la ciudad de Buenos Aires, once en el Gran Buenos Aires, y otros tres en otras localidades (Laprida, Buenos Aires; Mendoza; Tartagal, Salta), cuyos testimonios no utilizaré en este trabajo, pero que me permiten contrastar lo singular y lo común. Las entrevistas se inspiraron en la historia de vida tópica, indagando por la composición y vida familiar, la experiencia escolar, la vida barrial y social, los acontecimientos sociopolíticos recordados, los modos en que el contexto dictatorial emergió como tal, los recuerdos de la transición democrática, y las diferencias y continuidades percibidas entre la infancia propia y la actual.

⁵ Si bien el eje principal de diferenciación para componer el corpus es la doble tensión entre metrópolis interior y presencia / ausencia de hechos de violencia revolucionaria y despliegue represivo se genera un problema al intentar establecer el tamaño del corpus. En efecto, si de plano está descartada la representatividad estadística por ser irrelevante para la pregunta de investigación, la representatividad teórica puede hacer del tamaño del corpus algo inabordable para las posibilidades de esta investigación. Asimismo, el criterio de saturación no viene en auxilio, dado que el foco en las experiencias hace que muchas dimensiones sean rápidamente saturadas y no obstante, en ellas se desplacen diferencias sutiles, modos singulares de percepción, que se perderían como modulaciones subjetivas que enriquecen el trabajo.

⁶ Concepción del Uruguay, Entre Ríos, contaba con unos 60.000 habitantes en el censo nacional de 1980, y se encuentra en la frontera con la República Oriental del Uruguay. Con una población mayoritariamente descendiente de inmigrantes (italo-suiza, alemana y judía, además de las tradicionales ramas migratorias italiana y española) se ubica en una región caracterizada por la presencia de cooperativas, temprana escolarización masiva de la población, una también temprana secularización, marcada por el primer registro civil del país y un importante pluralismo religioso y político.

cotidiana, dotados de sentido o invisibilizados, contruidos como huellas de lo real o como huecos de sentido, y cómo articulan, en su rememoración, una incertidumbre velada o decidida sobre el consenso que las acciones del gobierno dictatorial, hubiera adquirido para las y los adultos afectivamente importantes.

La pregunta sobre las maneras en que se inscribió la dictadura en la vida cotidiana de los niños y niñas cuyas familias no tenían activa militancia social ni política o no contaron con víctimas directas entre sus miembros, ni formaron parte de las fuerzas dictatoriales, permite, entiendo, abordar una arista importante de la inquietud central del proyecto de investigación, cual es la inscripción de una experiencia de autoritarismo y violencia institucional “naturalizada”, en los procesos de subjetivación y socialización. Este texto, entonces, procura reponer una/s memoria/s de las minucias cotidianas que constituyeron una experiencia “generacional”, y recuperar la densidad de la idea del terrorismo de Estado. Como señala una de las entrevistadas: “creo que hemos perdido el impacto de que el Estado sea el terrorista. Es decir, la fatalidad no sé si hemos logrado transmitirla como una cuestión nueva a mirar” (Verónica).

El proceso de revisión y análisis de la violencia política en nuestro país no debería ser datado en 1976, pero tampoco en 1973.⁷ Lo transmitido a los niños de entonces, da cuenta en algunos casos de los trazos que vinculan, como el huevo de la serpiente, los procesos de la década de 1970 con, por ejemplo, el bombardeo a la Plaza de Mayo que forzó el derrocamiento de Perón en 1955, o con la Noche de los Bastones Largos en 1966, cuando las fuerzas del gobierno dictatorial ingresaron violentamente en la Universidad de Buenos Aires, iniciando un proceso de “purga” de profesores e investigadores. Por supuesto, ello tiene que ver con posicionamientos ideológicos y sociales que articulan las formas de dar sentido al mundo. Pero también dan cuenta de procesos históricos que invalidan una idea de “emergencia” de la violencia en “un” momento dado, si bien cada uno de los procesos políticos puedan—y deban, probablemente—ser analizados en su particularidad.

⁷ En 1973 se realizan las elecciones que culminan con la proscripción del peronismo iniciada en 1955, así como dan término a la dictadura denominada “Revolución Argentina”. En tal período se incrementa la violencia política, en gran parte debido a la lucha entre facciones del peronismo, y autores como Marina Franco (2008) señalan que 1973 marca el inicio de la deslegitimación de la violencia revolucionaria en el discurso público.

A su vez, obliga a mirar estos procesos también como horizontes de significación, y reclaman el ejercicio de procurar reponer modos de interpretación de los acontecimientos y los climas de época no anacrónicos, pero tampoco relativistas.

Quienes fuimos niños y niñas entre 1976 y 1983, construimos escenarios de infancia en el contexto dictatorial y en ellos la dictadura, como lo ominoso, constituyó lo íntimo familiar. Asimismo, el proyecto dictatorial se dirigía a modelar/nos utilizando una batería de estrategias y dispositivos culturales cotidianos que excedían notablemente, el recurso al terror. Desnudar la multivocidad de experiencias infantiles reconstruyendo lo común y lo singular, revisando las trazas del autoritarismo en el gesto mínimo y el contexto inesperado, visibilizar por fuera de las categorías de trauma y víctima las prácticas de producción de subjetividad y aquellas dimensiones vivenciales o experienciales que se recortan como motivos o analizadores, revisando su lectura en una temporalidad doble (biográfica y social) y compleja, constituyen las aristas centrales a problematizar.

II. La memoria de la infancia, una doble polisemia

Somos todos portadores de un nombre, de una historia singular (biográfica) ubicada en la Historia de un país, de una región, de una civilización. Somos sus depositarios y sus transmisores. Somos sus pasadores.

Los contrabandistas de la memoria. Jacques Hassoun⁸

No procuro aquí reponer “hechos”, claro está. La inscripción de la memoria en el terreno de la subjetividad permite una mirada sobre los modos de presentación y construcción de sí, abriendo preguntas sobre el sujeto, sobre el lugar de la memoria infantil, y la propia infancia en la subjetividad.

El abordaje en clave generacional de estos temas ha tenido en su centro las nociones de “post-memoria” y generación post dictatorial. Hirsch hace referencia a la memoria de la generación siguiente a la que protagonizó los acontecimientos, haciendo foco en el carácter

⁸ Hassoun, Jacques. *Los contrabandistas de la memoria* (Buenos Aires: Ediciones de la Flor, 1996).

“mediado” de los recuerdos.⁹ Por su parte, Susana Kaiser (2005) enfocó en las postmemorias del terror a partir de la selección de jóvenes de la “generación post-dictadura” en Argentina, en tanto que Ana Ros (2012) revisó las producciones cinematográficas de esta misma segunda generación en Chile, Argentina y Uruguay, reuniéndola bajo la clasificación de “generación post-dictadura”, enfatizando en el hecho que sus sujetos eran demasiado pequeños para haber sido “protagonistas activos” de la violencia revolucionaria o represiva.¹⁰ Por su lado, Gabriela Fried (2011) enfocó en la transmisión intrafamiliar de la desaparición y Gabriel Gatti (2008) analizó el impacto identitario de la desaparición desde la perspectiva de ser hijo de desaparecidos, ambos para el caso uruguayo.¹¹ Serpente (2011) en su estudio sobre “segunda generación” de exiliados chilenos y argentinos, señala que la postmemoria permite dilucidar la imposibilidad de representación de un pasado traumático y la transmisión de su memoria en la unidad familiar.¹² Según la autora, el testimonio de la generación posterior a los hechos es mucho menos un testimonio del trauma familiar, como una apropiación y distanciamiento que problematiza la idea de transmisión vinculada estrechamente con el sufrimiento de los más cercanos.

La pregunta subyacente a la noción de postmemoria sobre qué habilita el testimonio alude a quién puede considerarse “concernido”, más allá de la participación directa como “víctima”. Las narrativas recuperadas en esta investigación se conciben como testimonios en el sentido subjetivo, pero serán consideradas narrativas, y no testimonios en el sentido político y ético. Por lo mismo, no se trata, desde mi punto

⁹ Marianne Hirsch, *Family Frames: Photography, Narrative, and Postmemory* (Cambridge: Harvard University Press, 1997).

¹⁰ Susana Kaiser, *Postmemories of Terror: a New Generation Copes with the Legacy of the “Dirty War”* (Basingstoke, UK: Palgrave Macmillan, 2005); Ana Ros, *The Post-Dictatorship Generation in Argentina, Chile, and Uruguay: Collective Memory and Cultural Production* (Basingstoke, UK: Palgrave Macmillan, 2012).

¹¹ Gabriela Fried, “Private Transmission of Traumatic Memories of the Disappeared in the Context of Transitional Politics of Oblivion in Uruguay (1973-2001): ‘Pedagogies of Horror’ among Uruguayan Families” en Francesca Lessa and Vincent Druliolle (eds.), *The Memory of State Terrorism in the Southern Cone: Argentina, Chile, and Uruguay* (Basingstoke, UK: Palgrave Macmillan, 2011); Gabriel Gatti, *El Detenido-Desaparecido: Narrativas Posibles Para Una Catástrofe De La Identidad* (Ediciones Trilce, 2008).

¹² Alejandra Serpente, “The Traces of ‘Postmemory’ in Second-Generation Chilean and Argentinean identities” en Francesca Lessa and Vincent Druliolle (eds.), *The Memory of State Terrorism in the Southern Cone: Argentina, Chile, and Uruguay* (Basingstoke, UK: Palgrave Macmillan, 2011).

de vista, de postmemorias. Tampoco se trata de una generación postdictadura.¹³ La idea de concernimiento también está presente en esta noción, junto con una idea de actores principales del conflicto histórico. Por ello, a pesar de las múltiples críticas que los distintos enfoques sobre la noción de generación han tenido, me interesa rescatarla aquí en tanto señalamiento de una (posible) experiencia histórica compartida por una cohorte. En tal sentido, la identificación de la generación es dependiente de la situación que se considera relevante—haber realizado parte de su escolarización primaria durante la dictadura—y no se deriva de un comportamiento supuestamente definitorio o un tipo específico de grupo de edad, como señalara la clásica crítica de Febvre respecto del uso de la categoría generación.¹⁴ Ello implica que los sentidos que adopte tal espectro de experiencias son plurales y a priori, desconocidos. Implica también que el uso de la categoría es antes descriptivo que heurístico.

Aún compartiendo preguntas con los mencionados trabajos, procuro enfocar en los entonces niños como sujetos capaces de brindar una perspectiva sobre tal pasado sin considerar que tal perspectiva sólo pudo ser producida mediante operaciones de transmisión, como si se tratara de sujetos completamente aislados de su contexto histórico y social. Por un lado, ello puede explicar la ausencia de investigaciones que enfocaran en los niños, con la salvedad de la temprana investigación de Hugo Paredero (2007),¹⁵ muchos años después de realizada. No obstante, el carácter subsidiario que tiende a otorgarse a la experiencia infantil en las ciencias sociales trasciende este tema, y es razón suficiente para que rara vez se considere a los niños como sujetos de un saber sobre la vida social.¹⁶

¹³ Agradezco a Isabella Cosse haberme alertado sobre el deslizamiento que involucraba este planteo.

¹⁴ Alan B. Spitzer, “The Historical Problem of Generations.” *The American Historical Review* (1973): 1353-1385.

¹⁵ Hugo Paredero, *¿Cómo es un recuerdo?: La dictadura contada por los chicos que la vivieron* (Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2007).

¹⁶ De este modo, este texto procura apartarse de una visión convencional que presenta la reposición de la mirada de aquellos “ausentes” en la historiografía normativa como una suerte de misión política. Como señalara Scott, “Es precisamente este tipo de apelación a la experiencia como evidencia incontrovertible y como punto originario de la explicación ... el que le quita fuerza al impulso crítico de la historia de la diferencia” (1992: 47). En efecto, tomar como evidente las nociones sobre representadas de la identidad infantil, como advierte también Carli (2012), conllevaría a naturalizar la diferencia.

Entre los escasos trabajos sobre la vinculación entre memoria e infancia,¹⁷ Sandra Carli señala la pertinencia de una perspectiva que permita historizar la infancia reconociendo los cambios en los vínculos intergeneracionales, “de tal manera que el relato histórico articule los componentes heterogéneos del vínculo entre pares, generaciones y sectores sociales, en un mismo tiempo histórico y dé cuenta del difícil entramado entre aspectos sociales, económicos y culturales en la vida infantil”.¹⁸ Por su parte, en su estudio sobre la memoria de la inmigración durante la infancia, Bjerg (2012) señala la utilidad de la misma como medio para indagar sobre subjetividad y sentido de la historia.¹⁹

En cierto sentido, las experiencias de aquellos niños a quienes entrevistado hoy, el trabajo de la memoria sobre tales experiencias, resulta un problema, en tanto “no había nada para discutir” (Valeria D.). Se trata sólo de “un modesto testimonio” (Pablo), en los que poco sucede desde el punto de vista de la imagen de la represión dictatorial y la violencia de Estado. De modo que fuerzan a una mirada donde el trabajo de la memoria es una puesta en sentido a posteriori, es un proceso de historización personal que es al mismo tiempo la construcción de posiciones identitarias, establecido desde miradas que problematizan las mediaciones adultas sobre la experiencia infantil y entran en diálogo con el presente, con los debates políticos actuales, con el “estado de cosas” en relación con el pasado reciente.²⁰

El carácter mínimo, el tono menor de los sucesos recordados, su secundariedad en muchos momentos a la algarabía y avatares de la cotidianeidad infantil sin mayores complicaciones, se vincula con un modo particular de procesamiento del mundo desde la perspectiva de los niños. Como señalara uno de los entrevistados, “cuando sos chico todo lo convertís en juego” (Mariano).

¹⁷ Los trabajos sobre la memoria infantil de procesos tales como la guerra o la dictadura, son igualmente aún un emergente campo en la historia y en los estudios de infancia. El trabajo de Emmy E. Werner, *Through the Eyes of Innocents* (Boulder/Oxford, UK: Basic Books, 2008) constituye uno de los primeros en explorar, desde el punto de vista infantil, las formas en que los niños/as experimentaron “tiempos extraordinarios”.

¹⁸ Sandra Carli, *La memoria de la infancia* (Buenos Aires: Paidós, 2011).

¹⁹ María Bjerg, *El viaje de los niños. Inmigración, infancia y memoria en la Argentina de la Segunda Posguerra* (Buenos Aires: Edhasa, 2012).

²⁰ Enzo Traverso y Almudena González de Cuenca, *El pasado, instrucciones de uso: historia, memoria, política* (Madrid: Marcial Pons. Ediciones jurídicas y sociales, 2007).

Procuro aquí entonces transitar el derrotero de las vinculaciones entre subjetividad, identidad, y política al considerar tal experiencia infantil y su proceso de puesta en sentido a partir de conjuntos de dispositivos simbólicos, éticos y políticos que operan en cierto sentido como “tecnologías del yo”. Walter Benjamin señaló que: “Para Proust depende del azar la circunstancia de que el individuo conquiste una imagen de sí mismo o se adueñe de su propia experiencia”.²¹ Ello hace pensar que los modos en que la experiencia infantil es puesta en sentido, recuperada como narrable desde el punto de vista adulto, señalizada mediante mojones e hitos, pueden señalar algo del trabajo de subjetivación que los y las miembros/as de una generación movilizaron para crearse una “persona”.

La memoria, inscrita en la tensión entre espacio de experiencia y horizonte de expectativas,²² entre pasado y presente, implica el trabajo de reinscribir los sentidos del pasado, recuperar huellas que derivan en derroteros otros, señalar los modos en que se resolverá el conflicto sociopolítico, ético y subjetivo que implica revisar el pasado dictatorial y su trama intrafamiliar—en tanto implica el posicionamiento de madres y padres—, y posicionarse ante él. Implica sostener las implicaciones de la pregunta: “¿Y yo dónde estaba en esos años?” (Laura). En tal sentido, la infancia, en la tensión con el conflicto político, no es sólo un emergente de las mediaciones familiares. Implica, como problema del adulto, una puesta en sentido del pasado y la identidad.

La vida familiar cotidiana, los espacios públicos, los rituales cotidianos, las relaciones sociales, emergen como una espesura en la que se desarrolla la experiencia infantil durante la dictadura, aquellos niños cuyas vidas no se vieron dramáticamente afectadas, pero cuya experiencia subjetiva se desplegó en esa contingencia histórica y se resignificó con el develamiento que supuso el retorno democrático y el posterior enjuiciamiento. El carácter imponente de la violencia política y el carácter datado del estado dictatorial pueden hacernos perder de

²¹ Walter Benjamin, y H.A. Murena, *Ensayos escogidos* (México: Ediciones Coyoacán, 1999).

²² Koselleck, Reinhart. *Futures Past: on the Semantics of Historical Time* (N.Y.: Columbia University Press, 1985); Federico Lorenz, “Pensar los setenta desde los trabajadores”, *Una propuesta de investigación en Políticas de la Memoria* 5 (2004): 19-23; María Inés Mudrovcic, *Historia, narración y memoria*, Vol. 244 (Madrid: Ediciones AKAL, 2005).

vista las continuidades y discontinuidades más sutiles que persisten en recodos singulares y biográficos.

El discurso familiar de la dictadura vinculaba hogar y escuela en un texto moralista, un guión sobre la autoridad paterna, la afectividad materna, las virtudes proveedoras y supervisoras del padre y cuidadoras, moralizantes y afectivas de la madre.²³ Como ha sido ampliamente señalado, la responsabilidad por la vigilancia de los hijos era activamente fogueada por directas interpelaciones mediante una propaganda permanente. Desde el eslogan “Usted sabe dónde está su hijo ahora” hasta la infame y anónima “Carta a los padres argentinos”, múltiples estrategias vincularon las desviaciones ideológicas de las nuevas generaciones con el descuido de los padres. En cierto sentido, no obstante, pareciera que se ha partido del supuesto de una relativa extranjería de estos discursos con las prácticas e ideologías familiares. Es decir, como si el discurso del Estado dictatorial se gestara de manera unidireccional hacia unas familias cuya vinculación con el mismo es incierta. Lo “privado-familiar” se visualiza en muchos trabajos como un continente más o menos cerrado en el que las creencias verdaderas tenían existencia.

La pregunta por los modos de afectación emerge como problema político y subjetivo, ¿De qué modos es posible recuperar, en las formas de historización personal, la interpelación a padres, tíos, abuelos, por su posible responsabilidad en el pasado? Es decir, ¿cómo horadar las representaciones sobre los propios padres como víctimas ignorantes de lo sucedido?, ¿Cómo recuperar las formas en que es posible rastrear sombras de continuidad entre las posiciones políticas cotidianas y el discurso autoritario y las prácticas represivas? En la misma línea, Levín destacó que “los rasgos autoritarios de la sociedad dieron lugar a diversas actitudes de consenso y consentimiento implícito y explícito a los objetivos del régimen, omitiendo incluso el cuestionamiento por su metodología represiva”.²⁴ Antes aún, O’Donnell señaló la continuidad entre autoritarismo societal y autoritarismo político.²⁵

²³ Isabella Cosse, “Militancia, sexualidad y erotismo en la izquierda armada en la Argentina de los años setenta”, en Dora Barrancos y Adriana Valobra, *Historia de la moral sexual y la sexualidad* (Buenos Aires, aceptado para su publicación); Judith Filc, *Entre el parentesco y la política* (Buenos Aires: Biblos, 1997).

²⁴ Florencia Levín, “Arqueología de la memoria. Algunas reflexiones a propósito de los vecinos del horror. Los otros testigos”, *Entrepasados. Revista*

En suma, la indagación sobre la experiencia infantil durante la dictadura procura desanudar los modos de producción de subjetividad que se despliegan en la narrativa identitaria y en el trabajo de la memoria. La dictadura, la violencia política, la represión, el miedo, se tornan dispositivos vistos al trasluz, en donde la escena infantil, el recuerdo de infancia, aparecen o desaparecen con significaciones singulares y privadas o públicas y políticas. El sujeto infantil rememorado y reconstruido desde el adulto será el del relato de los modos en que los sujetos vivenciaron y rememoran la imbricación de lo público en lo privado aportando tensiones a la conceptualización de los procesos de producción de infancia y las culturas políticas de infancia.

Tres especificidades impone al análisis el conjunto de sujetos entrevistados: no hay suficientes voces de personas de sectores populares, ni de clase media no profesional, ni hay voces de personas comprometidas ideológicamente con la reivindicación de la dictadura.²⁶

Por su parte, yo comparto el espacio generacional y experiencial.²⁷ Así, una pregunta siempre presente es cómo incide en el análisis el sentimiento de comunidad que da la experiencia compartida, el trabajo del recuerdo propio. Un giro otro, íntimo, sostiene este recorrido. Georges Perec señala que su tensión autobiográfica radica en la construcción de una identidad ficcional sobre la base de una ausencia, sobre la expropiación de una historia y la sensación de extranjería respecto de aquello que puede ser nombrado “identidad”.²⁸

de historia 28 (2005): 47–63.

²⁵ Guillermo A. O'Donnell, *Democracia en la Argentina: Micro y macro*. Helen Kellogg Institute for International Studies (Notre Dame, IN: University of Notre Dame, 1983).

²⁶ Los entrevistados que identificaron a sus familias de origen con sectores populares son (9), aunque algunas otras familias se encontraran en apretadas situaciones económicas o los entrevistados se identificaron con sectores medios bajos (8). Algunos entrevistados eran hijos o nietos de policías o militares de alta y media jerarquía (7). Finalmente, muchos de las y los entrevistados tienen trayectorias educativas universitarias, algunos de ellos con nivel doctoral (7), y cuatro tienen secundario completo (nivel educativo más bajo).

²⁷ Mi infancia transcurrió en Concepción del Uruguay. Conocí entonces a algunos entrevistados, a otros en la adolescencia, aunque con ninguno compartí de manera sostenida en el tiempo, la cotidianeidad del “pueblo”.

²⁸ Georges Perec, *La vida, instrucciones de uso* (Barcelona: Editorial Anagrama, 2000).

III. Los lugares de la infancia

La primavera a veces huele a invierno.

—Mario Benedetti

Hubo en Entre Ríos al menos cinco centros clandestinos de detención, tortura y exterminio de la última dictadura militar, y constan datos de entre 155 y 163 personas desaparecidas o asesinadas por la dictadura.²⁹ Los principales de tales centros se encontraban en las ciudades de Paraná, Gualeguaychú y Concordia. En Concepción del Uruguay, no obstante no figurar en la lista principal, se logró ubicar la existencia de al menos un centro de detención a una cuadra de la plaza principal, en la locación de la Policía Federal. La denominada “Megacausa del Río Uruguay” (cuyo principal imputado, Albano Harguindeguy,³⁰ falleciera en octubre de 2012) se encuentra en proceso, y permitió determinar en general el funcionamiento del centro de detención, y en particular, el secuestro y torturas en la ciudad de unos cinco o seis estudiantes militantes de la Unión de Estudiantes Secundarios (UES) en julio de 1976, y de un militante del Partido Comunista en 1977.³¹ En el marco de ese juicio, vecinos del edificio de la Policía fueron convocados a testimoniar y todos, sin excepción, dijeron no haber visto ni escuchado nada durante aquellos años.

Una especie de continuidad sin interrupciones llamativas parece haber marcado la vida cotidiana en la ciudad. El reconocimiento mutuo de los distintos actores permitían que se legitimara por igual un gobierno militar o uno democrático:

da la sensación de que en una ciudad como la nuestra, se vivía con total naturalidad, es decir, un intendente nombrado por los milicos no tenía mucha menos legitimidad que un intendente elegido por el pueblo. (Américo)

²⁹ <http://www.desaparecidos.org/arg/entrieros/> y <http://afader1995.blogspot.com.ar> consultadas el 2/10/2013.

³⁰ El ex general de división Harguindeguy fue Ministro del Interior entre marzo de 1976 y marzo de 1981. Fue enjuiciado, además de la Megacausa del Río Uruguay, por el asesinato del dirigente Roberto Quieto en 1975, por el asesinato del obispo Angelelli en 1976 y por su participación en el Plan Cóndor. Fue mentado como uno de los “ideólogos de la dictadura”, y murió cumpliendo prisión domiciliaria.

³¹ <http://mesajuicioycastigo.com.ar/causaharguindeguy/category/notas-en-medios/provinciales/page/2/>, consultada en 24 de setiembre de 2013, y <http://www.memoriaverdadyjusticia.blogspot.com.ar> consultada el 2 de octubre de 2013.

De hecho, en la tapa del tradicional diario *La Calle*, del día 25 de marzo de 1976,—único medio gráfico hasta mediados de la década de 1990—la fotografía central muestra al depuesto intendente peronista firmando el acta de entrega del municipio a las autoridades dictatoriales. El titular reza, sin discrepancias: “Hicieron cargo las autoridades militares de la intendencia”.³²

En el año 2004, uno de los primeros periódicos independientes de la ciudad, el Semanario *El Miércoles*,³³ realizó el primer informe público sobre los desaparecidos de la ciudad. Se logró esforzadamente reconstruir la historia de las trece personas de la ciudad desaparecidas, quienes se encontraban estudiando y militando en otras ciudades—Rosario, La Plata, Buenos Aires. El vínculo con la ciudad natal persistía a través de sus familias, en tanto los jóvenes, como suele suceder en el interior, se trasladaban provisionalmente a otros destinos manteniendo un vínculo estrecho con el hogar de origen. Algunas de esas familias—al menos cuatro de ellas—se abocaron a la infructuosa búsqueda de sus hijos o hermanos ausentes, otras nunca ocultaron la desaparición de uno de sus miembros. Otras lo mantuvieron en silencio hasta la reapertura de los juicios en el año 2004.

No obstante, como señaló uno de los entrevistados: “en Uruguay, en Concepción, desaparecidos no hubo hasta hace poquito que recién se empezó a investigar” (Jorge).

A. La ciudad de la infancia

Era la época de salir a la vereda cuando te abrían la puerta a las 3 de la tarde, pasada la siesta, y volver cuando caía el sol. (Verónica)

El mundo de la infancia era ancho. Las calles y veredas exudaban niños jugando, y en algún momento entre primero y tercer o cuarto grado la mayoría comenzaba a ir a la escuela sin adultos. La siesta se poblaba de seres mágicos—el Viejo de la Bolsa, la Solapa—o marginales—el Chinito, Nicolita—que delimitaban el territorio de autonomía infantil y con ojos amenazantes reemplazaban la vigilancia de los ausentes adultos conocidos. Los “cambios de revistas” en los

³² Diario *La Calle*, 25 de marzo de 1976, Archivo personal de Valentín Bisogni.

³³ <http://www.miercolesdigital.com.ar>

garajes, salir a andar en bicicleta a la Costanera del Río Uruguay, perderse en las modestas barrancas sobre el río, el robo de mandarinas y nísperos, puntuaban una infancia contenida en una ciudad ordenada:

Ordenada es lo primero que se me viene a la mente, seguro. Pero no sé a qué obedece mi respuesta, puede tener que ver con la repetición del viejo cuento, pero sí era más ordenada. También era más ordenado leer el único diario que existía y eso no implicaba que era mejor, porque lógicamente vivíamos la única cara de la moneda. (...) aquel orden tranquilizaba a las personas y eso se notaba. La gente vivía con cierta tranquilidad por tener la casa ordenada. (Verónica)

Esa zona de Entre Ríos era aún un mutante entre ciudad y campo. Desde muchos lugares de la ciudad se podían ver todavía los anchos, lentos atardeceres de la ondulada llanura mesopotámica. Lo que luego fue nombrado como “la ruta de la muerte”,³⁴ era una ruta vecinal en la que se turnaban morosamente tractores, sulkys, viejos Ford T. Más allá, hacia el oeste, Colonia Elía, Primero de Mayo, Caseros, pequeños pueblos chacareros:

La ciudad para el campo estaba más lejos en aquel momento. Vos para venir a Uruguay programabas, era toda una salida, toda una ceremonia, y no venías todos los días, venías cada tanto, amontonabas las cosas que tenías que hacer y te venías. (Jorge).

Las imágenes del orden y la seguridad pueblerinos, y la discontinuidad entre aquel tiempo-espacio y el presente, acompañan a la mayoría de las y los entrevistados. Las décadas pasadas son retratadas por algunas/os en tensión con la colocación de la inseguridad ciudadana en el centro de las preocupaciones actuales. Las casas de puertas abiertas y las ventanas sin rejas son imágenes que se repiten, y la vinculación con el momento político y la represión de entonces aparece como un forzamiento reflexivo del presente, movilizad por un posicionamiento político que desde allí lee, enmarca esa seguridad, para percibirla en la paradoja de su estructura “oculta”. El relato de Laura permite mensurar esta tensión:

Una cosa muy marcada era que dejabas la puerta abierta y te ibas, abierta sin llave. En verano, abierta de par en par y a nadie se le ocurría entrar a robar a tu casa. Después ya sí empezaban a pasar esas cosas, pero en Concepción, de chica, las puertas de tu

³⁴ Hasta su ensanche a mediados de la década de 1990, la apertura del comercio internacional en los años '80 tuvo como un resultado colateral al tránsito de largos camiones Mercedes Benz y Scania, un incremento notable de choques con víctimas mortales.

casa estaban abiertas. Podía entrar un vecino y no había llave. No había rejas, no había nada, estaba siempre todo abierto. Tal vez hubo poca prevención porque no pasaban tantas cosas, no pasaba casi nada, no había tantos peligros... habría, sí. (...)

Yo esa época la viví como si eso no pasara. Nunca me enteré, hasta cuando fui más grande y me desayuné de lo que estaba pasando, me quería morir. Porque nunca vi nada o sabía que había un proceso militar, nunca mis viejos me contaron. Los hechos que me acuerdo de la dictadura era cuando fue Videla que fueron, la plaza estaba llena, yo era muy chiquita, yo tendría 6 años y mi papá me puso así a cocochito y me dijo, “Ese es el presidente”. Esa imagen me la acuerdo patente y que todos aplaudían contentos. Era como un hecho... “¡Qué honor que vino Videla!”. (...) Pero en ese momento y de chica nunca vi en Concepción un operativo o que tuvieras miedo de andar en la calle porque había milicos con armas o no. Me acuerdo de años totalmente normales como si nada pasara. (...) yo no sabía qué pasaba, era divino ir a la plaza y los desfiles militares. (...) Después cuando crecés y tenés criterio y ves el desastre que fue, decís “¡Por favor! ¿Y yo dónde estaba en esos años?”

Esa discontinuidad entre el pasado y el presente, la necesidad de releer un tiempo-espacio de normalidad, orden, disfrute, desde un marco que no aparece claramente en la trama del recuerdo, se vincula sobre todo con la manera de percibir el contexto urbano. La ciudad emerge limpia y segura, alegre, dotada de fiestas comunales y sociabilidad vecinal, radio acompañando las mañanas y televisión uruguaya acompañando la merienda con los “dibujitos”.³⁵ Territorio dispuesto a los juegos y, singularidad de la época, amigable a los desplazamientos autónomos de los niños. Las siestas épicas sin adultos a la vista, territorio infantil total, daban paso a unos niños/as que podían hacerse a las calles de la ciudad, transitarlas libremente, jugar en ellas hasta que cayera el sol. No obstante, para algunos/as esa misma ciudad era una ciudad fragmentada.

Para Marcelo y Oscar, ambos de sectores populares y “gurises de los barrios”,³⁶ como se autodenominaron, la ciudad tenía fronteras invisibles pero rígidamente presentes. Así también lo recuerda Laura, hija de un empleado bancario y una maestra, que vivía en el centro: “una sociedad dividida. Era un pueblo donde estaba muy marcado”. Marcelo vivía en Villa Las Lomas, un barrio en el que entonces había

³⁵ Forma infantil de nombrar a los cartoons o “dibujos animados”

³⁶ “Gurí” es una voz guaraní que en el litoral argentino y en Uruguay es usada coloquialmente para referir a hijos, niños o jóvenes. Si bien el femenino es “guaina”, utilizado en Corrientes, Chaco, Formosa y Misiones, en Entre Ríos se utiliza “gurisa”.

unas tres o cuatro casas, calles de tierra y todo el aspecto de ser el límite en que la ciudad se abría al campo:

[el río] nos quedaba muy lejos, y tenías el arroyo ahí cerquita... Pero al Pelay, por ejemplo, yo no iba ni ahí, y al balneario Itapé iba muy poquito... El Pelay no era para cualquiera. Al Pelay iba cierta gente. Aparte, como quedaba lejos...nadie de ahí de los que yo conocí del barrio iba al Pelay... Iban al balneario Itapé que era más popular, pero había mucha distinción, era muy marcada... El imaginario nuestro era que la plaza no era nuestra, era de otros, y más chiquitos más todavía.

Por su parte, Oscar creció en el barrio del Cementerio, cercano al Regimiento de Ingenieros de Combate y a la sede de la Gendarmería, más céntrico que Villa Las Lomas. En su infancia carecían de agua corriente, por lo que el agua para el consumo se obtenía de un surtidor público, al que iban con bidones los niños del barrio:

Había sólo dos teléfonos públicos a diez o veinte cuadras a la redonda. Si el teléfono del Automóvil Club no andaba, tenías que ir al de la esquina del Boulevard del ejército, y si ese no andaba más vale que vayas caminando a dar el mensaje, que era lo mismo.

Oscar pasaba los veranos en un arroyo cercano, el San Felipe, jugando con neumáticos de camión como botes para cruzar a un islote, frente a una planta industrial que descargaba sus desechos muy cerca de allí, a las aguas del arroyo. Al Balneario Itapé se llegaba caminando, bajo el tórrido sol del verano, las casi cincuenta cuadras de distancia desde su casa, “porque al Pelay iban sólo los que tenían auto o lancha”.

La percepción de una ciudad muy dividida, con poco acceso a la recreación para “los gurises de los barrios”, es compartida. La única calesita estaba en la plaza central, y “para ir a un tobogán como la gente había que ir hasta el Parquecito de La Loba, que eran dos colectivos que pasaban cada hora, era un paseo de todo el día”.

María José, quien vivía en el Barrio Santa Teresita, “del otro lado del Boulevard”, también registraba esa división de la ciudad:

había una diferencia de pobres y ricos con las plazas. La Plaza Columna es una cosa, ir a tomar una cerveza a Plaza Columna es lo menos, claro, no... Y ‘la Plaza’ es la plaza, ¿cómo te vestís vos para ir a la plaza? No podés ir igual que todo el día. Te vestías para ir a la plaza.

La fragmentación del uso del espacio, el registro de la impropiedad de la aparición de un “negro de la [escuela] Industrial”³⁷ (Marcelo) en la plaza principal, emerge con mayor fuerza en el tiempo libre: las vacaciones y los fines de semana, el ocio, el acceso a clubes, no se encontraban al alcance de los sectores populares y las clases medias bajas. Como recuerda Marcelo:

tendría 8 o 9 años, se me ocurrió que me regalaran una raqueta y me fui a jugar al tenis al Club Rocamora. Terrible, terrible, terrible cómo me hicieron sentir que yo no pertenecía. Terrible, hasta los profesores me lo hacían sentir. Yo me acuerdo, fue terrible, terrible. Y a mí me gustaba jugar al tenis, me divertía jugando, me encantaba, pero era imposible seguir, me tuve que ir.

Servicios públicos limitados y restringidos al “centro”, una lenta e insuficiente política de urbanización, junto con formas de sociabilidad marcadas por el tono pueblerino del peso otorgado al “apellido”, contribuían a hacer de la “ciudad ordenada”, una ciudad para pocos.

A su vez, cuando del plano urbano nos desplazamos al plano de las relaciones familiares en particular, y de adultos-niños en general, el tono muta. Por un lado, se singulariza, se tematiza en las vicisitudes biográficas, por otro, toma el tono crudo del autoritarismo que connotaba esos vínculos. Autoritarismo que, es menester señalar, adquiere especificidades según su víctima fuera niño o niña, y según su ejecutor fuera padre, madre, maestra/o.

B. Una familia normal

consideramos que el niño es la consecuencia de la familia (...) los males de un niño son, en un 90 por ciento, consecuencia de una mala familia.

—Jorge Fraga, Ministro de Bienestar Social, diario *La Nación*, 16 de febrero de 1979.

La idea de normalidad de la composición familiar aparece entre las y los entrevistados como un lugar común, casi un recurso para comenzar un relato. Padre cabeza de familia, madre ama de casa, constituyen una estructura recurrente. Los relatos abundan en

³⁷ El apelativo de “negro” proviene de la clasista y racista apelación a “cabecitas negras”, los inmigrantes pobres del interior del país que comenzaron a llegar a la capital en las décadas de 1940 y 1950. Las escuelas industriales por su parte, fueron creadas con la expectativa de proveer formación ocupacional para niños y jóvenes de sectores populares.

anécdotas de la laboriosidad, el sacrificio, la moral obrera del padre parco que “hizo la casa con sus manos” (Oscar), cuya palabra empeñada era más valiosa y firme que un recibo, que transmitía que “irse de vacaciones era de vagos, de no querer trabajar” (Marcelo), el autodidacta “labrador que fue avanzando en la vida desde comenzar en un trabajo muy rudimentario, rústico” (Verónica). Los relatos de las difíciles infancias paternas y maternas, las privaciones de aquellas personas nacidas en las décadas de 1930 y 1940, matizan muchos relatos, cuyos avatares biográficos señalan los modos de releer la normalidad familiar.³⁸

Por supuesto, estos padres también son retratados en una tensión con la expectativa—desde el presente—de la responsabilidad por la reproducción y el cuidado por ejemplo mi vieja se iba a laburar y los platos y todo eso lo lavábamos nosotras. Él llegaba, comía, se iba a dormir la siesta y después a la tarde tenía algún otro trabajo, que creo que hacía algo de sistemas. Pero yo no recuerdo haber visto un padre colaborador en la crianza de los chicos ni en la casa ni en nada (Laura)

Una masculinidad encargada de proveer al hogar y sin responsabilidades en la crianza más que cuando fuera necesario un reto ejemplar, que encarnaba los valores de ascenso social mediante el sacrificio, la superación personal y la colocación de los intereses familiares—la educación de los hijos, la casa propia, el “plato de comida que nunca faltó”—por sobre otros. Incluso cuando el consumo de alcohol o la obrera cultura del “boliche” se inmiscuyera, como en dos de los casos, las peleas y discusiones entre marido y mujer terminaron reconduciendo a los primeros a la domesticidad hogareña, al menos desde la perspectiva de los testigos infantiles. El esquema de familia “tradicional” se completa mayormente con madres amas de casa, ocupadas de los quehaceres domésticos y del cuidado infantil. Las imágenes de las madres alrededor de las tareas domésticas tienen, por supuesto, la impronta de la perspectiva del contacto de los niños con ellas—alrededor de las tareas escolares, la comensalidad—pero permiten recuperar una idea de domesticidad femenina muy marcada. Sólo uno de los entrevistados, Américo, recupera una imagen de su

³⁸ En efecto, desde los distanciamientos críticos con madres o padres hasta el tono afectuoso y melancólico propiciado por el duelo por la muerte reciente de alguno de los progenitores, las relecturas de las vinculaciones con madres y padres se apartan de la idea de normalidad familiar. No obstante, vale mantener esta idea dado que resulta un lugar común que demarca la predominancia del deber ser.

madre trabajando en el comedor de su casa en la planificación de sus clases, aún cuando su madre no es la única docente. Laura, por su parte, recuerda que en sus salidas nunca estaba su padre, y ella y sus hermanos acompañaban a la madre en todas sus excursiones fuera del hogar:

ella se las rebuscó así. Se dio cuenta que tenía un marido con el que no podía contar para esas salidas y salía con nosotros.
 -¿Sola salía a veces con las amigas?
 -No. Que yo recuerde, no. No recuerdo así que mi mamá haya dicho 'bueno, las dejo hoy y salgo con mis amigas', no.

La imagen materna rememorada—críticamente por las mujeres—es la de “una mujer de su casa”, aquella que, “siempre preocupada por qué van a decir los vecinos” (Marcela), sólo justificaba sus salidas en razones instrumentales o mediante el salvoconducto de llevar a los hijos. Al núcleo se agregaba, en gran parte de los casos, una familia ampliada, compuesta por tíos, primos y abuelos, en los que la vinculación fuerte abuela materna-madre—incluso con viviendas cercanas—permite organizar una parte importante de los cuidados familiares, así como los núcleos de primos organizan la sociabilidad infantil a través de tardes de juegos, campamentos, modestas vacaciones compartidas.

Incluso más notoria resulta la eficacia de la imagen estereotipada de familia en su ausencia. Las personas entrevistadas cuyos padres se encontraban separados o cuyas madres no respondían a cabalidad a la figura de la pulcra ama de casa con delantal cubriendo la falda, dan cuenta en las entrevistas del sufrimiento y de la visibilidad estigmatizante que adoptaba tal “diferencia” en la vida infantil. Que los padres se separaran era algo de lo que no se hablaba en voz alta, de lo que no se preguntaba de manera directa, pero que funcionaba como una marca negativa por ejemplo en la escuela, como señalara Fátima, y podía ser movilizado para comprender la depresión materna.

La distancia entre la propia madre y la “madre común” es señalada como una diferencia que era perceptible y que tenía algunas consecuencias en la vida social de las y los niños. María José recuerda que su madre tenía intereses artísticos muy marcados, los que también redundaban en su ausencia de interés en la socialización con las otras mujeres a la salida de la escuela. No formar parte de círculos sociales implicaba la posibilidad de que “ningún chico fuera a su cumpleaños. Yo

zafé de eso porque cantaba, o salía en el diario, pero mi hermana no. Una vez no fue nadie a la fiesta, y ella dijo que no quería festejar su cumpleaños más”.

En estas formas de organizar la vida familiar, no aparecen, en la memoria de los entonces niños, disonancias o rebeliones. Hay madres con intereses artísticos e intelectuales, como las de Américo y de María José, pero los mismos no se expresan, en el recuerdo de los hijos, como una abierta tensión en la reorganización del lugar de la madre en la vida doméstica. Al contrario, la transmisión de las expectativas de domesticidad femenina a las hijas mujeres se recuerda de manera “natural”, mediante la organización de la vida cotidiana y la asignación de tareas que reproducían patrones de género:

Me parece que en esa época nos preparaban para...nuestras madres con su mentalidad, por lo menos la mía ha sido muy, si bien trabajaba, muy ama de casa, muy de enseñarnos a cocinar. (...) Me parece que en esa época te preparaban para que consigas un buen candidato, que te cases bien, que sepas hacer las cosas de la casa. Como más esta idea de que las mujeres servían para una cosa y los varones, bueno, como el proveedor, prepararlos como el proveedor de la futura familia. (Laura)

En efecto, los cuestionamientos culturales y políticos al ordenamiento burgués de la familia doméstica, de vida rutinaria que puntuaron la vida urbana desde inicios de la década de 1960³⁹ y que constituían un eje de la crítica de izquierdas, a duras penas parecen haber llegado a las puertas de los hogares de Concepción del Uruguay, al menos desde el crítico punto de vista de los hijos. Dudas, insatisfacciones, tensiones, eran percibidas como peleas de la pareja conyugal o como incierta “diferencia”, una inadecuación entre la madre típica y la madre propia: “Mi vieja era bailarina de folclore y esas cosas, de chica había sido baterista... o sea, reloca, para el pueblo” (María José). La connotación sexual que adquiere esta referencia, ser “reloca”, parece tener la función de dar cuenta, por la fuerza del contraste, del carácter doméstico que debía adoptar la vida femenina.

Era precisamente la sexualidad femenina un eje de concentración de conflictos entre madres e hijas, tanto en relación al comportamiento como a las relaciones con otras niñas. En tanto, las referencias a la homosexualidad eran invisibilizadas o peyorizadas. Una

³⁹ Isabella Cosse, “Cultura y sexualidad en la Argentina de los sesenta: usos y resignificaciones de la experiencia transnacional”. *EIAL: Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 17.1 (2006): 39-60.

de las entrevistadas, sólo al culminar la entrevista apuntó que la maestra positivamente “diferente” a la que había hecho referencia, “nunca se habló, pero ella vivía con una amiga, vivió con ella toda la vida”, señalando tácitamente su lesbianismo. Otros refirieron a algunos personajes contruidos como desviantes a partir de su identidad sexual, por ejemplo “el puto Elías, que era enfermero y cuando le atacaba mal se vestía de mujer”, que concitaba la curiosidad y la hilaridad temerosa de los varones.

En tal sentido, la maternalización de las mujeres y la masculinidad doméstica, la heterosexualidad como norma y única identidad sexual visible, consonantes con los valores conservadores⁴⁰ se veían reforzadas por un contexto dictatorial en que las decisiones privadas tenían notable visibilidad.⁴¹ Eran también objeto de velada crítica en las densas relaciones pueblerinas, pasibles de consecuencias sociales en la vida infantil, sobre todo femenina, como mencioné: ser “la hija de padres separados”, la niña a la que no se invita a merendar, la niña de la que mejor no ser amiga. Hijos e hijas reflexionan sobre esos valores como aquellos rasgos a partir de los cuales construir una identidad adulta mediante estrategias de diferenciación, que unánimemente cuestionan el autoritarismo y la doble moral.

Sin embargo, enviar o no a los hijos a catecismo o a la escuela judía, por ejemplo, fue recordado por las y los entrevistados como un momento de tensión y decisión en cada hogar. Sólo los entrevistados que se auto-referencian con orígenes populares recuerdan haber sido enviados sin más a catecismo. No obstante, incluso para ellos podían ser necesarias negociaciones. Por ejemplo, Oscar obtenía permisos para ir al Tiro Federal y dinero para comprar municiones luego de cada domingo de misa, y aceptó sin demasiado conflicto participar del rito porque la parroquia tenía equipo de fútbol, su verdadera motivación para asistir.

Otros recuerdan ese momento como una instancia—primera—de decisión infantil en el plano familiar. María José decidió tomar los sacramentos “porque todos iban”, a pesar de que sus padres no la

⁴⁰ Isabella Cosse, *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta*, 116 y sgtes; Cosse, “Infidelities: Morality, Revolution and Sexuality in Left-Wing Guerrilla Organizations in 1970s Argentina”, *Berkshire Conference of Woman Historian*, Amherst, University of Massachusetts, June 9th to 12th. (2011).

⁴¹ Judith Filc, *Entre el parentesco y la política*, 38 y sgtes.

alentaran. Américo solicitó por su parte ir a la escuela judía “por puro espíritu contradictorio”, al igual que Verónica recuerda haber querido incorporarse en Acción Católica sólo “de contrera nomás”.

La laicización de la crianza en un marco aún conservador en lo relativo a las relaciones de género, y en el contexto de prioridad de los “valores cristianos” dado por la dictadura, parece señalar la emergencia de un espacio de negociación de las relaciones intergeneracionales así como un modo de distanciamiento con los valores hegemónicos, de incipiente transformación de la subjetividad, en una ciudad en la que las procesiones anuales de la virgen de la Inmaculada Concepción reunían, como señalaron casi todos los entrevistados “a todo el pueblo”.

Las relaciones, en particular con las madres, son recordadas como dotadas de una connotación disciplinar y vertical. Las madres son recordadas como encargadas de la disciplina de manera cotidiana, y los padres aparecen refrendando estos acuerdos, incluso violentamente: “Mi viejo no tanto...bah, me cagaba a cintazos, pero no tanto, el conflicto yo más lo tenía con mi vieja” (Marcela). El almuerzo familiar aparece en la memoria de las mujeres como una instancia de penoso control, en el que la impuntualidad o la ausencia tenían consecuencias severas. El recuerdo del temor a la violenta forma de tramitar los conflictos, encarnada por los padres varones, y el registro de una disciplina que replicaba los dobleces de la moral en un discurso más democrático y una reacción autoritaria o restrictiva, es algo que aparece en las muchachas entrevistadas de diferentes maneras:

[Mi viejo me decía] Yo te encuentro alguna vez con olor a cigarrillo y te bajo los dientes de una trompada” [Risas], o sea, te imaginabas sin dientes, no es que decías “Mi viejo dice esto, dice cualquier cosa”, no, eran capaces, o sentías que eran capaces de bajarte los dientes. Yo me acuerdo de sentirme perseguida en la calle por mis viejos, de caminar en la calle...yo ni en pedo me hacía una rata ni nada de eso porque sentía que me iban a descubrir. Y además porque ellos desde el discurso siempre decían, “Yo prefiero que me digas que querés faltar antes que hagas eso y te vayas al puerto y qué sé yo, que yo las veo todas por ahí cómo andan”. Cuando yo le decía “Quiero faltar”, ni en pedo [Risas], o sea, “Olvidate”. Pero ese era el discurso. Así que eso yo ni en pedo. (María José).

La marca violenta de la autoridad parental, y la necesidad de apelar a un discurso democrático en apariencia (cuya metafórica alusión a la represión y al discurso oficial de la dictadura es palmaria) parece señalar una tensión. No hay lisura en la aceptación de la autoridad, por

más que la mayoría de las entrevistadas señale que optaban por acatar en silencio. La desobediencia secreta constituía una posibilidad de ampliación de las posibilidades de acción por parte de los entonces niños. La adecuación a la norma moral sostenida por la preocupación por “el qué dirán”, implicaba, como recuerda una de las entrevistadas, la aceptación de la premisa “no sólo hay que ser bueno sino parecerlo” como norma para regular el comportamiento en público, que era subrepticamente cuestionada por los niños y regulada con preocupación por los padres. La presión convergente de la sociabilidad pueblerina y los valores promovidos como “nacionales” por la dictadura: el catolicismo, la incuestionada autoridad parental, el lugar doméstico de la mujer, conforman una compleja trama en la que el mundo privado no aparece como “refugio” para la disidencia, sino más vale como una zona de negociación de valores, permeable hasta cierto punto a las formas promovidas por la dictadura resonantes con la moral pueblerina que aún se consideraba dominante.

Estas relaciones de autoridad no tenían consistencia sólo en el espacio íntimo, sino sobre todo en la vinculación con otros adultos en el espacio público, y en la escuela. En efecto, las y los entrevistados coinciden en recordar el énfasis moral en el tipo de comportamiento como modo de articular la disciplina, mediante distintas estrategias que marcaban la distancia entre adultos y niños y delimitaban el campo aceptable de acción de estos últimos “en la calle”.

C. *“La sociedad cuidaba a la infancia mientras estabas en la vereda”.*

Con esta frase, Verónica daba cuenta de un consenso compartido por las y los entrevistados, el del “derecho al reto” (Verónica) que las y los adultos desconocidos tenían sobre niños y niñas en el espacio público. La tensión entre el lugar común y el recuerdo, la construcción del pasado mítico y la realidad, emergió así en toda su densidad:

De todos modos, antes de encontrar alguna [anécdota respecto a cómo se daban las interacciones con los adultos en el espacio público] creo que tiene que ver mucho más con la apariencia del hecho, es decir, con lo que se suponía que estaban haciendo los adultos, o sea, a fuerza de machaque y de repetición de que eso es lo que estaban haciendo que si era lo que en verdad...porque contrariamente a lo que acabo de decir, la primera imagen que se me vuelve es un adulto, que es el primer recuerdo de alguna grosería que me hayan dicho en la calle y es el primer recuerdo que se me viene. (Verónica)

La agresión sexual en la calle es una notable constante entre todas las entrevistadas. Desde la grosería de carácter palmariamente sexual, hasta el “manoseo”, pasando por la exhibición de los genitales, todas las mujeres entrevistadas⁴² vivieron alguna situación de esa índole en la pubertad. Agresiones que, al llegar a oídos de las madres, se tornaban en una instancia de represión moral.

yo vivía en el hospital y había un viejo re simpático, pero mi mamá nunca me había explicado nada, y era toquetero el viejo, y yo no sabía nada, y me sentó arriba el viejo, y se calentó conmigo mi vieja. Me cagó a pedos, pero yo qué iba a entender! (Marcela)

La sexualidad de las niñas y las púberes era una de las dimensiones centrales del comportamiento a regular recordada por las entrevistadas. En parte, parece haber funcionado en un doble registro. Por un lado, la presencia de figuras mitológicas escandía el espacio urbano como una amenaza siempre presente. El “sátiro” se encarnaba, a su vez, en sujetos marginales pasibles de ser identificados—el Chinito, Nicolita. Pero ambos sujetos, el mitológico y el real, ocultaban la diseminación de la agresión sexual hacia las niñas en varones comunes y corrientes, agresión ampliamente tolerada.

Había una cosa como que estaba en la conciencia colectiva que te podía agarrar el sátiro, que no te agarraba, en realidad nunca agarró a nadie, sino que se bajaba los pantalones, sería un pajero, qué sé yo, pero nosotras teníamos pánico. Y con esa imagen de alguien en bicicleta. Y que tampoco te daban mucha importancia en tu casa.

-¿no te daban bola?

No. No te daban bola. Yo te digo, mi vieja no nos fue a buscar nunca a la escuela. (María José)

La tolerancia social hacia la agresión anónima callejera a las muchachas, la culpabilización a la que se las sometía si denunciaban la situación, se acompañaba de una estrecha vigilancia a cualquier rasgo visible de sexualidad activa, o bien a la relación de una niña con otra cuya moral pudiera ser puesta en entredicho.

Y la que tenía más de dos novios y se sabía que tenía, ya era una puta. Entonces, mi vieja, ponele, con Natacha y la Negra no me dejaba juntar. Siempre perdió la batalla porque vivíamos re cerca con la Negra, nos juntábamos todo el tiempo, pero mi vieja siempre cara de culo. Porque en la cosa mínima, Natacha había tenido tres novios, había salido con X, y era un prontuario. (María José)

⁴² Me refiero a la totalidad de las mujeres entrevistadas con excepción de una, no sólo a aquellas cuyo testimonio estoy analizando en este artículo.

Por un lado, el tono represivo de la disciplina moral, se asociaba con las expectativas tradicionales que distinguían las “chicas para ponerse de novio” de aquellas con las que era lícito el intercambio sexual premarital. Como señalara Laura, la expectativa de las madres era “que te casaras bien, que encontraras un buen candidato”, y una parte importante de las posibilidades de las niñas de cuna incierta, radicaba—en los códigos de crianza y en las evaluaciones sociales—en la intachabilidad de su moral.

Pero por otro lado, tal disciplinamiento señalaba, en la memoria de las y los entrevistados, su carácter infructuoso, dado que “era una batalla perdida”. Los hiatos entre las estrategias de reproducción de un orden generizado, y sus contradicciones y espacios de negociación para niñas y niños, han sido invisibilizado cuando desde los estudios de infancia se totaliza a la misma,⁴³ o cuando desde los estudios de género se invisibilizan las estrategias y las diferencias entre las/os sujetos.⁴⁴ El carácter sensual de las niñas y adolescentes, a su vez, era exaltado cuando por ejemplo participaban en las incipientes comparsas que a inicios de la década de 1980 marcaron la transformación del carnaval provinciano, cuyas murgas de marcada impronta uruguaya mutaron en la dirección de las sensuales y ornamentadas comparsas brasileñas. Fátima, que comenzó a desfilarse en una de las comparsas a la salida de la infancia, recuerda:

La comparsa empezó [en el año 19]81. Lo que no se podía hacer era pasar bailando delante de la iglesia. Digamos, bailando toda la plaza, alrededor de la plaza por la calle, sobre la calle, y cuando llegabas a la iglesia caminábamos así... [Risas] Muy loco. Llegabas de nuevo a La Delfina, donde era La Delfina que ahora se llama Bartolo, qué sé yo, bueno, terminaba la iglesia y seguíamos tiqui tiqui... [Risas].

La exhibición del cuerpo femenino, la danza provocativa y sensual, no era reprimida en el contexto ritual del carnaval, aún cuando una sombra de duda moral se cernía sobre sus ejecutoras, sobre todo si no se trataba de adolescentes “de familia”, es decir, de algunas de las familias de las elites locales. La crítica a la doble moral pueblerina subyace al recuerdo. La figura femenina, desplegada entre la “chica de su casa” y la muchacha al borde de la niñez que exhibe su belleza

⁴³ Viviana Zelizer, *Pricing the Priceless Child: the Changing Social Value of Children* (Princeton: Princeton U. Press, 1985).

⁴⁴ Deinz Kandiyoti, “Bargaining with Patriarchy.” *Gender and Society* 2.3 (1988): 274-290.

semidesnuda, se acompañaba de una distinción entre la muchacha-niña sexualmente activa—la “loca” que tuviera más de un novio, incluso considerando los castos noviazgos escolares—respecto de aquella que sólo era mostrada como deseable en la pasarela carnavalesca, distinción que era matizada por la pertenencia social. Por otro lado, la detención del baile frente a la iglesia es sólo la punta del iceberg de una regulación pública de la sexualidad que podía llegar a esconder la “pérdida de la virginidad”—denunciada por un embarazo—mediante el recurso a un aborto gestionado por las madres con parteras y comadronas, y muchas veces ocultado a los padres. El cuerpo infantil objeto de cuidados, saberes, disciplinas, parece ser, antes bien el cuerpo de las niñas.

Por su parte, los varones recuerdan haber sido objeto de mayores permisos en el espacio público. Ser varón parece haber otorgado un amplio margen de permisividad para la agresividad, los juegos con armas y el “cagarse a piñas” como modo de resolución de conflictos y afirmación de liderazgos en las “barras” de varones. Estos comportamientos parecen haber formado parte de la sociabilidad masculina promovida, y lo único que se requería, como contrapartida, era reconocer la distancia con la voz adulta. “Ser respetuoso”, parece haber querido decir aceptar silenciosamente el sometimiento a la instrucción del adulto y obtener un lugar de “buen chico” en el vecindario.

Robar mandarinas, jugar “a los cowboys”, aprender tiro al blanco, constituían los elementos articuladores de la infancia masculina “en los barrios” y en el campo. Las revistas de historietas, por su parte, configuraban el continuo entre niños de sectores medios, “del centro” y los otros. La tolerancia social a los juegos callejeros masculinos, su aceptación como naturales “cosas de varones”, el tono humorístico dado a las anécdotas de “las salvajadas”, marca la incorporación de la agresividad como un elemento valorado de la masculinidad. La continuidad relativa entre las “cosas de chicos” y el sadismo de algunas prácticas de socialización masculina es puesto en cuestión en la memoria con algunos dobleces, dado que la distancia crítica no avanza a cuestionar el disfrute que acompañaba a algunas de esas prácticas. Por su parte, las palizas en el baño escolar de aquel que, más pequeño, entrara por error al “baño de los grandes”, los modos que adoptaba la humillación de los varones más grandes hacia los más pequeños,

también transmiten la forma en que la ley del más fuerte y el ejercicio sádico del poder eran incorporados incuestionadamente. Era simplemente que “te surtían, y guay de ir a quejarte” (Oscar).

La aceptación tácita de tal orden de cosas, tanto en las formas de sociabilidad como en la vinculación con adultos “ajenos” es rememorada con un tono natural, pero lejano. Para algunos, se trataba de una aceptación respetuosa del ordenamiento usual del mundo cotidiano, pero ya permitido:

Lo que pasa es que en el campo por ahí los chicos son diferentes, tienen una cuestión muy marcada desde la familia, la disciplina ya viene por ahí, “Portate bien, hacé esto, hacé lo otro” y se respeta mucho. (Jorge)

Entonces, si te retaba el padre de un amigo, como que nadie dudaba que te retaba bien. Nunca se iban a poner de tu lugar. (María José)

A veces vos salías a la calle y tus viejos no te estaban vigilando, pero sí había algún adulto que te vigile o te rete. O te mandabas una cagada y capaz pasaba el vecino, que vos ni lo conocías, y te retaba. (Laura)

Las imágenes que de lo infantil parecían entonces tener los adultos, se vinculaba con este tipo de sujeto al que hay que someter a un ordenamiento moral estricto, que debía respetar la autoridad del adulto, sumada a la de los varones, para las niñas. Un tipo de retrato sobre la infancia muy vinculado con el registro familiar dictatorial, que no aparecía, no obstante, temeroso aún de la política, sino más bien de aquellas transgresiones que modificaran el posicionamiento de niños y familias en el escenario local. Una niña mal portada, de la que se “hablara mal”, no dejaba de ser la hija de alguien. Ya en democracia, Verónica recordaba cómo se había tramitado su inscripción en el socialismo por “las vecinas”. Una de ellas, comentó “pobre Yolanda, tan buena, y la hija se fue a meter al socialismo”. Moral dudosa e ideología sospechosa de niños y adolescentes eran concebidas como “un dolor de cabeza” para los padres.

D. Los mundos adultos e infantiles

No obstante, también existían espacios de vinculación con adultos por fuera del grupo familiar. Verónica recuerda las tardes de juego en la casa de una vecina que no tenía hijos y disponía un ropero

con juguetes para los niños del barrio. Jorge recuerda las tardes de visitas a vecinos con quienes jugaba a las cartas y tomaba mate. Marcelo recuerda la biblioteca de su vecino en la que comenzó ávidamente a leer. Las casas de los vecinos, incluso sin hijos mediante, podían ser una extensión de la propia. En ellas, podían encontrarse otros modos de ver el mundo, información que resultaba contrastante con la que circulaba en la propia casa. En la biblioteca de los Keller, Marcelo se encontró con unos libros rusos, de guerrillas rusas, en la época de la segunda guerra mundial; y había un libro que me dieron para leer que yo nunca lo pude volver a encontrar, porque me partió la cabeza ese libro, claro, veía a los comunistas buenos.

Estas zonas de apertura a otras perspectivas se integraban opacamente a la vida cotidiana, invisible para los adultos. La distinción entre los mundos adulto e infantil, replicada en la distancia jerárquica entre las voces infantiles y las adultas reforzada por la disciplina, era operada de modo constante. Jorge recuerda cómo era sistemáticamente echado del almacén de ramos generales de su abuelo cuando se transformaba en bar, al caer la noche. María José señala que era expulsada cuando había visitas de la ronda del mate a la que quería integrarse:

No me dejaban estar en la conversación ni escuchar la conversación, ni menos participar de la conversación de los grandes. No es como ahora, mis hijos que pasan y hablan de igual a igual con los grandes o con quienes estemos más grandes. Ahí te corrían, “Eso no es para chicos, chau”, no podía ni estar directamente. Yo decía “No, pero yo quiero mate”, “Pico sucio no toma” decían y te corrían.

La existencia de la “conversación de los grandes” como un espacio prohibido es un lugar común, así como lo es el que niños y niñas encontraran maneras de sortear la prohibición haciéndose invisibles (como Jorge, que permanecía igual escuchando ávidamente las conversaciones) o bien se encontraran, sin proponérselo, en flagrante violación de tal separación de mundos, escuchando lo que no se debía, participando como testigos mudos de una escena—como Marcela, presenciando las peleas entre su madre y su hermano, o como Américo, entre-escuchando los relatos del “colimba” novio de su niñera que relataba los horrores vistos en el Tucumán del Operativo Independencia—o, más sencillamente, viendo el noticiero en la mesa familiar o leyendo el diario. Mi propia memoria de una noche que

estimo de invierno, señala estas a veces accidentales violaciones a tal frontera. Esa noche, la mujer que vendía a mi abuela sábanas brasileñas contrabandeadas desde la frontera entre Paso de los Libres (Corrientes) y Uruguaiana (Brasil)—una práctica entonces usual de las familias con automóvil—hablaba con mis abuelos en el living de nuestra casa. Lloraba, dado que uno de sus hijos “no aparecía” en La Plata, ciudad en la que estudiaba, y el hijo mayor lo estaba buscando, pero ella estimaba que tendría que viajar para ver si daba con él. La mujer, “la señora de Zaragoza”, como yo la conocía, era la madre de dos de los desaparecidos uruguayenses. Al hijo menor siguió el mayor, ambos en el año 1977. Yo escuchaba a medias la conversación desde mi dormitorio, mirando por la celosía entreabierta de la puerta, mientras mis abuelos creían que dormía.

Las marcas de la porosidad y potencia de esas “zonas de frontera” persistieron como huellas en la memoria de las y los entrevistados. Marcela, Jorge, y Oscar recuerdan vívidamente a sus cuatro, cinco y seis años, las imágenes de la muerte de Perón. Américo, quien reconoce haber tenido mayores libertades culturales que la mayoría de sus amigos, recuerda la tapa del diario *La Prensa* en la que el periodista Manfred Schönfeld aparecía ensangrentado como prueba de la represión dictatorial.

A su vez, los viajes ampliaban el horizonte y eran una posibilidad de encuentro con una realidad otra del régimen. Gustavo y Américo recuerdan esos momentos de resquebrajamiento del cotidiano y la emergencia de la represión dictatorial o de la resistencia en sendas escenas en Buenos Aires. Gustavo fue involuntario testigo de un operativo represivo en pleno Almagro, donde “un auto se cruzó delante de otro, en la Plaza Almagro, y empezaron a escucharse tiros, y mi viejo me tiró al piso”, y Américo se conmovió al escuchar en un bar que un parroquiano insultara a Videla, quien para él “era el presidente, nadie me había dicho una cosa es el presidente de hecho y otra el de derecho, para mí era el presidente y que un tipo lo puteara era imposible”.

Por un lado entonces, las distancias jerárquicas entre niños y adultos modulaban las relaciones y los encuentros, los modos de comportamiento en los espacios de contacto, las formas de disciplinamiento y la aceptación del sometimiento, ya sea como aceptación subjetiva o—como muestran muchos recuerdos—como

representación estratégica del rol esperado, acompañada de un distanciamiento interno. Por otro, esta misma distancia social en los espacios compartidos permitía a niños y niñas horadar las fronteras, amplificar sus poros, y toparse así con las múltiples penetraciones de la política en la vida cotidiana, de manera inmediata. Los “vecinos” no eran objeto de mayores prevenciones, al menos en los relatos aquí recogidos.

La separación de los mundos y las restringidas formas de visibilidad que adquirirían los niños, desplegadas en múltiples horas de control difuso y disperso, eran también espacios de libertad. Tal carácter positivo se ve más claramente en los relatos de las horas de juego sin adultos alrededor, la disponibilidad del uso de la ciudad, las formas, en suma, que tomaba la libertad de la hora de la siesta, en la que las calles se vaciaban de adultos y se llenaban de niños. Tal invisibilidad, y la suposición de reclusión en el mundo hogareño era pensada como eficaz por los padres.

E. “¿Y vos qué sabés si no lo viviste?” Los padres y la dictadura

La pregunta por los posicionamientos respecto de la dictadura escuchados en la casa, concitó variadas respuestas, como era de esperar. Desde aquellas familias en las que nada se decía, y tibiamente celebraron la recuperación democrática, hasta aquellas otras en las que el conocimiento posterior de los crímenes cometidos por el régimen levantó una sombra de duda sobre el involucramiento o apoyo de los padres. También implicaron diversas posiciones respecto a los dilemas movilizados por la revisión del pasado. La coexistencia entre la afirmación del desconocimiento absoluto—incluso si motivado por desinterés—y el simultáneo recuerdo de múltiples rastros, escenas percibidas o presenciadas por los entonces niños, señalan una discordancia palmaria entre ese supuesto no saber y las evidencias disponibles a simple vista.

La lectura de las y los entrevistados sobre el posicionamiento explícito o tácito de los padres implica el procesamiento del vínculo y de tal posición paterna o materna. Sólo tres padres, de Marcela, Gustavo y Oscar, se manifestaban abiertamente en contra de la dictadura. Cuando tuvo lugar la visita de Videla como presidente de facto a la ciudad las madres de Fátima y Marcela, y el padre de Laura las llevaron a la plaza

principal a “saludar al presidente”. Marcela interpreta esta posición de su madre como una extensión de su prurito respecto a la opinión de “los vecinos”, esa difusa figura que mediaba la internalización del control social en las relaciones de madres e hijos. El padre de Marcela, en tanto, había perdido su trabajo en el hospital local por “discutir de política con el director que habían puesto los milicos”. Al mismo tiempo, su madre mantenía violentas discusiones con su hijo adolescente que gritaba, para su terror, que quería enlistarse en el “ERP y matar a todos los milicos hijos de puta”. La madre de Marcela, descripta como una mujer “que seguía a mi papá, le preguntaba a quién votar”, pedía entre dientes a su hijo que se calle “porque nos van a matar a todos”. Aun así, Marcela no comprendía por qué debería temerse a esos señores que veía casi a diario en sus ámbitos de vida: en la escuela, en la calle, en sus paseos, y frente a los cuales no se erigía ninguna prevención. En efecto, su vecino militar parecía un señor muy amable, en lo absoluto de temer. Su madre, en tanto, no aparece en su recuerdo como alguien que actuara intentando proteger a su familia por temor político, sino en virtud de un rasgo pueblerino y de género.

María José, que señala el desconocimiento y desinterés de sus padres por otra cosa que no sea la música, no obstante recuerda haber convivido con Aníbal Sampayo, músico uruguayo amigo de su abuelo y militante popular que había huido de Uruguay para salvar su vida, y con “la Colorada”, una uruguaya cuyo esposo, militante del Partido Comunista, había sido apresado y torturado por los militares argentinos. Para ella entonces, eran amigos viviendo en su casa, “no era que yo sabía que estaban escondidos”. No registra este hecho como una acción política de sus padres, sino como un acto solidario hacia los amigos, basado en un juicio que—entiendo—tenía una base singularista, más cercana a la evaluación del amigo como un sujeto separado de su contexto. El régimen distribuía el terror, en la lectura de los padres, de manera individualizada. Ellos—los padres—no estaban en peligro—por ello por ejemplo seguían escuchando o tocando música que estaba formalmente prohibida, canta-autores exilados o prohibidos como Atahualpa Yupanqui, Mercedes Sosa, Horacio Guarany, sin tomar ningún recaudo—, y los otros—los amigos perseguidos—lo eran injustamente. El resto, aquellos “otros” asesinados o perseguidos, deberían ser también individualmente considerados. De este modo, a

los ojos de los testigos infantiles, el posicionamiento no es “contra la dictadura”, porque tampoco se percibía el hecho de que ésta actuara sobre la base de un posicionamiento ideológico.

No obstante, parece tratarse, cuando menos, de un límite a lo que era considerado peligroso y reprimible en el marco de la cercanía pueblerina. Aquellos comportamientos que en el contexto porteño, por ejemplo, adquirirían un matiz terrorífico—llevar libros prohibidos sin forrar sus tapas o tener discos visibles o audibles, como recuerdan los entrevistados/as que vivieron en el área metropolitana—, en el contexto pueblerino eran minimizados por el relacionamiento social entre protagonistas y testigos. La construcción del enemigo difuso, en tal sentido, parece colocarse en un “afuera” también difuso, pero que no parecía presente en las interacciones cotidianas, como sí lo era en Buenos Aires, donde la memoria de dictaduras anteriores y el despliegue de violencia política hicieron mella en la percepción de la realidad. No hay prevenciones sobre qué decir, sobre la necesidad de constituir una intimidad protegida, como en los contextos urbanos, sino una suerte de puesta en escena de tal intimidad a partir de los comportamientos socialmente aprobados, para hacerse de un nombre moral.

La propia extensión de la política y los actos de resistencia aparecen de modos bastante particularistas en el recuerdo. Una manifestación de empleados municipales de Concepción del Uruguay en plena dictadura era estrictamente gremial, no adquiría un carácter antitotalitario, al punto que entre sus filas, recuerda Gustavo haber visto jefes militares que estaban en puestos político-administrativos. Como señalara Crenzel respecto a los reclamos de sepultureros de Córdoba la ausencia del terror parecería obedecer a su normalización, a su subordinación a un universo de valores que no trasciende la defensa de los intereses más inmediatos y particulares—el aumento de su salario y el reconocimiento de la insalubridad de sus tareas—valores que no se alteran pese al cariz de la situación.⁴⁵

Este particularismo de las posiciones marca la mayor parte de los recuerdos, y enmarca los juicios sobre las acciones de los entonces adultos. Fátima recuerda que su padre, un acaudalado comerciante,

⁴⁵ Emilio Crenzel, “Cartas a Videla: Una exploración sobre el miedo, el terror y la memoria.” *Revista Telar*, Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos (IIELA) 2.2-3 (2005): 41-57.

tenía muy buenos tratos con los jefes del regimiento y de policía, quienes eran sus clientes. Ella rememora haber acompañado a su padre a asados organizados en el regimiento y la sede policial.⁴⁶ Una sombra de duda le hace pausar el relato cuando registra, como por primera vez, que a su padre “le fue muy bien económicamente durante el Proceso”, y que ante alguna conversación sobre el tema, él reclamara que se ponga en la balanza que “los terroristas” merecían ser detenidos de alguna manera.

Laura, quien se ve a sí misma como alguien que “aprendió a callarse”, comenzó a discutir con su padre:

mis viejos no han estado muy en desacuerdo con el proceso. Me parece más de los que pueden llegar a decir ‘bueno, no fue tan así, no hubo tantos desaparecidos’, o ‘en la época de los milicos esto que pasa ahora no pasaba’, yo me peleaba con mi viejo por ese tipo de frases y él decirme ‘¿Qué sabes si no lo viviste?’ Entonces, por eso te digo, era tal vez una familia que no te inculcaban nada, ni te bajaban línea, pero tampoco respetaban por ahí tu forma de pensar.

Por el contrario, el padre de Gustavo, ante la visita de Videla, le indicó que falte al colegio para no tener que saludarlo, y tenía una posición notoriamente crítica de la dictadura. Es Gustavo, como mencioné, el único que recuerda haber presenciado un operativo, con motivo de uno de los frecuentes viajes con su padre a Buenos Aires para visitar a su hermano mayor, ya en la universidad.

Al igual que el padre de Gustavo, el padre de Oscar “era profundamente antimilico”. En su casa abundaban las conversaciones familiares sobre política, dividida entre dos vertientes del peronismo. Los análisis del golpe de estado, entonces, giraban según recuerda Oscar, alrededor de los errores de Perón y de su segunda esposa. Su madre “era devota de Evita, y entonces odiaba a Isabel. Pero si Isabel hubiese sido Evita, no habría habido ningún cuestionamiento [a la decisión sucesoria de Perón, causante del golpe en las explicaciones que daba el padre]”. El mismo tono religioso adopta para Jorge la descripción de la posición política de su abuela y de su tía:

⁴⁶ El papel de la comensalidad y el ritual del asado como modo de construcción de redes de reciprocidad, de complicidad, durante la última dictadura, ha sido analizado por Ana Guglielmucci y Santiago Álvarez, “Los rituales de la impunidad en Argentina: comensalidad y complicidad”, *Revista Antropología y Derecho* del Centro de Estudios en Antropología y Derecho (CEDEAD), nro. 1, Misiones, (2003).

teníamos una tía que era muy devota de Evita y de Isabel, todo, era una mezcla...era peronista, si era peronista todo era igual. Se ve que mucho tampoco diferenciaba las cosas o sí, pero que tenía la foto de Evita y tenía la foto de Isabel, y salían unos fascículos de Perón, sobre la vida de Perón, y eso me acuerdo haberlos visto ojeados dos mil veces. (...) ella tenía su pieza, tenía sus cosas, tenía a san Pantaleón y al lado la tenía a Evita, cada uno en su lugar, estaban ahí. El altarcito del santo y un rinconcito para Evita.

Era su padre quien tenía un posicionamiento más pragmático y juzgaba a la dictadura en sus decisiones económicas, aquellas que, en su entender, eran las únicas que los alcanzaban. A su turno, para Marcelo el posicionamiento de su madre estaba también ligado con el temor, la desinformación y el desconocimiento, en tanto recuerda a su padre y su abuelo desplegando cotidianas muestras de autoritarismo y que “valoraban el orden como necesario”, sin cambiar de opinión cuando la información salió a la luz pública, al igual que los padres de Laura y Fátima.

Un tono peculiar parece construir la imagen de las madres. Si los padres son los introductores de la política, incluso en su rechazo, a las madres les compete el papel de las transmisoras del miedo, que antes que político aparece, en el juicio de hijas e hijos, como un temor cuya raíz surge de la sociabilidad provinciana y su forma moral, en continuidad con los valores autoritarios y católicos de la dictadura. El posicionamiento de las madres sobre los asuntos públicos aparece así, en los retratos compuestos por sus hijos e hijas, mediatizado por la religiosidad y la moral. Son los padres los que enuncian con más claridad posiciones políticas, incluso si, como el de Américo, lo hacen a partir de permitir una duda y no dar una posición explícita:

cuando lo nombran a Pérez Esquivel premio Nobel de la Paz que todo el mundo, todos los que yo conocía “¿Cómo le van a dar el premio Nobel a ese tipo?”, mi viejo no decía nada. Pero cuando estuvimos a solas me dijo “Está bien que le den el premio Nobel a Pérez Esquivel porque es una persona que se está preocupando desde hace rato por las barbaridades que ha hecho este gobierno”... tiene un millón de cosas para la mierda mi viejo, pero tiene esas cositas buenas, como que no quiso que mi mente infantil quedara con la información de lo que escuchaba, en la radio, ...me acuerdo que el premio Nobel de Pérez Esquivel fue informado como algo negativo. Casi como un insulto a la Argentina, parte de la campaña anti Argentina y mi viejo me dijo “No, está bien que le hayan dado el premio”, todas esas cositas marcando alguna diferencia como para mostrarte el caminito.

Los padres sabían, pero no sabían. Una mediación que posibilita esa coexistencia de afirmaciones que se niegan entre sí es la mediación afectiva. Tienden a comprenderse los límites de sus posibilidades de reacción y aceptación, tanto respecto a la valentía que—parece suponerse—hubiera sido necesaria para alzar la voz contra el régimen, como para aceptar un tiempo en acelerada transformación, aquel que se abre a partir de la guerra de Malvinas.

Es unánime la percepción de ese momento temporal como un punto de clivaje, que señala el fin de la dictadura y la apertura a recolocar la política como un tema cotidiano, que permitió, como señalara Oscar “que se empiece a reconocer a la gente, quién era peronista, quién radical, empezaban a verse”. También marca, para las y los entrevistados, un período de cambio biográfico. Se trata del lapso del fin de la infancia, el inicio de la escuela secundaria y en algunos también el inicio de la militancia en los aún proscritos centros de estudiantes. En todos aparece como el momento de comprensión de que “algo pasó”, el desvelamiento de una mascarada. El inicio de la militancia, la democratización y la incorporación a una efervescente sociabilidad concitada alrededor de la música de protesta y del rock nacional, las actividades culturales autogestivas, la revolución en pequeña escala que significó la adolescencia en aquel contexto, era un trago difícil de digerir para los padres, y desde esa comprensión el tono general de la memoria adopta una mezcla de ternura distante. Como señalara Américo en una entrevista grupal:

el problema que le hemos pedido a esa generación de padres que probablemente no estaban preparados, les hemos pedido que aceptaran muchas cosas juntas. Porque no era sólo política, vos no sólo militabas como socialista, escuchabas rock pesado, rock pesado, no sólo lo socialista, sino que escuchabas...Barón Rojo.

Por su parte, la posibilidad de comprensión crítica de la realidad es derivada del interés o la formación política previos. Acciones que resultaron cruciales durante la guerra de Malvinas, como informarse mediante Radio Colonia en lugar de hacerlo mediante los medios nacionales, eran producto de una posición previa al golpe, de búsqueda de información e indicio de alguna formación política.

El juicio respecto de las posiciones de padres y madres, cuya forma adquiere también el carácter particularista de una ética vinculada con las posiciones e intereses singulares, mediada por los afectos y el

peso de los vínculos de reciprocidad, coexiste con un posicionamiento ético universalista propio en relación con las formas de autoridad, el papel de la democracia, los modos, en fin, de transformar el propio horizonte biográfico en lo que es auto-percibido como una generación que protagonizó un cambio cultural:

Qué interesante que nos haya quedado seguramente a todos algún sinsabor de lo que es la estructura, de lo que es la obligación de algo, y cómo esa actitud nuestra seguramente estimula el tipo de rebeldía en las generación siguiente. (Verónica, entrevista grupal)

La dictadura como algo que nos dejó nuestras huellas pero no las podemos...tal vez en otro lugar en el mundo ideológico, nos permite tener una corrida distinta, pero hay mucha gente que dice “Bueno, pero a mí no me hicieron nada”, “Che, pero ¿cómo que no te hicieron nada? Nos lo hicieron a todos”, no podíamos aprender matemática moderna porque la teoría de conjuntos era peligrosa, casi lo mismo del ajedrez, no podíamos escuchar, leer...nos lo hicieron a todos. Y la gente no lo visualiza como algo que nos hicieron a todos, sino como “Bueno, pero a mí no me hicieron nada”. Algo habrán hecho. No sé, yo creo que depende del lugar que nos ha tocado que nos hemos podido correr, y la impronta estaba ahí marcada por muchas cosas. De hecho, por ejemplo, si bien Uruguay era una ciudad chica, era una ciudad que había tenido también manifestaciones masivas, incluso en otras dictaduras, en el año 69 cuando cierra el ministerio, hay una movilización muy, muy grande de 800 o mil personas que podían trabajar en el ministerio, es decir, había un recorrido ya de participación... (Américo)

Crecimos en un mundo que ya no existe más. (Oscar)

IV. Consideraciones finales

Eso era lo normal y como que los momentos de felicidad y demás discurrían en medio de todo eso, entonces, no daba como para pensar.

(María José)

Este trabajo no procura explorar los modos de construcción del consenso sobre la dictadura, si bien la mirada de los entonces niños permite ver, en la intimidad de los hogares, la expansión del mismo y sus contradicciones o sus extensiones hacia el presente. Enfoca, por el contrario, en las resonancias y continuidades entre formas culturales que se extienden en el tiempo más allá—y más acá—de la dictadura, rememoradas por quienes además, enfocan en el tiempo de la infancia.

Ese foco analítico no quiere relativizar el autoritarismo dictatorial ni difuminar la culpa por los crímenes cometidos ni, mucho menos, abonar a la suposición de una legitimidad del golpe a partir de su imbricación con la cultura y formas sociales del período. Todo lo contrario, el carácter excepcional de la represión dictatorial es precisamente lo que permite mensurar a su vez los impactos y transformaciones sociales que su pleno develamiento operó. Enormes distancias culturales mediaban entonces entre el centro urbano en ebullición cultural, social y política, y las pequeñas ciudades del interior cuya imagen aparece casi desperezándose de una siesta en la que la primera mitad del siglo XX no acabara de partir.

A partir de los testimonios analizados, las formas familiares de relación autoritaria emergen como la compleja mezcla de los efectos del temor y la privatización instalados por la dictadura,⁴⁷ con unas relaciones de género y generación tradicionales en yuxtaposición con el proceso de modernización cultural que inauguró la década precedente estudiada por Cosse.⁴⁸ Convergían así el autoritarismo con las densas relaciones pueblerinas en las que los niños—al menos los de las clases medias y populares “en ascenso”—distaban de ser anónimos y siempre eran identificados en relación a la familia de origen. Mensurar cuánto los temores rememorados se enlazaban con la siniestra figura de la delación es complejo, pero en un contexto en el que el conocimiento resultaba tan estrecho, parece improbable que el temor—de existir—tomara explícita forma política: la ideología y actividades políticas previas a la dictadura eran en general, conocidas—con la excepción de quienes eventualmente militaran de forma clandestina, que se distancia del caso que estoy analizando.

Quienes recordaron situaciones equívocas respecto de la posición de sus padres frente a la dictadura, la posibilidad de involucramiento en “negocios sucios”, o de acuerdo más allá del recomendado por el miedo, tenían problemas para enfrentar esa memoria de manera directa. Las críticas a la dictadura, el desacuerdo absoluto, aparece sólo como la posición de algún padre, en tanto que las otras posiciones críticas se vinculaban con la política económica o los excesos, y pocos dieron muestras activas de su posición contraria. No es

⁴⁷ Filc, *Entre el parentesco y la política*. Pp. 39

⁴⁸ Cosse, *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta*, 129.

novedoso que muchos sectores sociales hubieran estado esperando el golpe, y que, como señala Alonso (2007),⁴⁹ el temor hubiera estado ubicado en el período anterior, especialmente 1973-1976, de mayor presencia de la acción política revolucionaria. No obstante, como señala un entrevistado, “¿pero de qué bombas hablan si acá no tiraron ni un petardo?”, coloca una duda sobre el carácter “tranquilizador” de la vida cotidiana que adoptó el régimen dictatorial, en el sentido dado por Filc (1997)⁵⁰ en el contexto de una ciudad mediana a pequeña del interior. Las y los entrevistados, cuando atribuyen miedo como explicación a los comportamientos de los padres, lo hacen dubitativamente y desde el presente. El miedo, cuando emergía, era raramente parte de esa cotidianidad.

A la luz de ello, se requiere pensar críticamente sobre el carácter que adoptara el período dictatorial en aquellos lugares en los que la violencia política revolucionaria no se desplegó, y en los que la represión dictatorial fue invisibilizada, singularizada como un castigo merecido a unos delincuentes peculiares, y despolitizada como un hecho policial. La represión ilegal existió, de ello dan cuenta los juicios de la Megacausa Harguindeguy, aunque los hechos represivos fueron realizados siempre sobre los cuerpos de las víctimas y no tuvieron despliegue territorial evidente, dado que los operativos no fueron de la espectacularidad violenta de los grandes centros urbanos. Luciano Alonso se permite poner en cuestión la utilidad genérica de la categoría de trauma social para pensar la dictadura, y de alguna manera, los relatos aquí analizados parecen dar fuerza a su planteo:

¿es que la dictadura no configuró un trauma? Sí que lo hizo, pero aclaremos: somos nosotros –vaya a saber quiénes- los que lo identificamos como tal. Lo es para aquellos que sostenemos o sostuvimos determinadas posiciones políticas, ciertas representaciones sociales y no otras; para los que tuvimos o transmitimos experiencias puntuales y construimos identidades específicas. (Alonso 197)

Central a la experiencia constitutiva de esta “generación que creció con la dictadura”, parece ser el carácter organizador que adquiere la visibilización crítica del autoritarismo familiar y social. La generación nacida alrededor de 1970 parece haber sido, al menos en la memoria de

⁴⁹ Luciano Alonso, “Sobre la existencia de la historia reciente como disciplina académica”, *Prohistoria: historia, políticas de la historia* 11 (2007): 191–204.

⁵⁰ Idem, 39.

algunos de sus protagonistas, una que encarnó cambios culturales y subjetivos sustantivos, en contra de la visión de Schindel,⁵¹ para quien se trataría de una generación apática y despolitizada. La visibilización crítica de las formas de ejercicio de autoridad es un rasgo enfática y unánimemente compartido, que denota una radical transformación de la sensibilidad y de los modos de significación de la infancia y lo infantil.

En efecto, permite pensar también sobre los alcances de la socialización en el *après coup* que supone reflexionar, recrear, la infancia desde la visión del adulto. La infancia como problema y como momento de la vida es siempre una interrogación y una construcción adulta, y de ello dan cuenta las sensaciones relatadas por algunas y algunos entrevistados que se sorprendían de la narración biográfica producida en la entrevista. Pero también, permite rever los modos en que la biografía es de hecho alterada respecto de los horizontes biográficos iniciales transmitidos como valores y expectativas en la crianza. Las distancias críticas respecto de aquellos aspectos de la vida diaria vinculados con los valores dictatoriales, centrados en la moralización de los comportamientos y en la sumisión al adulto, marcan una transformación biográfica que también es generacional, una mutación de las sensibilidades y subjetividades que acompaña una nueva manera de concebir lo infantil. El fin de la infancia coincide con la democracia y la incorporación masiva de los entonces adolescentes a la militancia estudiantil. La politización de esa militancia de la mano de los reclamos por las violaciones a los derechos humanos de la dictadura, y el desvelamiento de estos hechos en el período adolescente, tuvieron un impacto en las y los entrevistados que difiere del terror y la incompreensión, o la indiferencia, señalados por algunos autores.

No obstante, estos hoy adultos, dificultosamente transforman la mirada sobre la infancia a partir de aquello que supieron luego, en una tensión entre lo inasimilable del pasado y su carácter extraño a la experiencia de estos sujetos. El relato sobre la infancia emerge mayormente incólume de la sucia trama histórica que lo sostiene. La dictadura es, estrictamente, un contexto que raramente problematiza los recuerdos luminosos de las tardes de juego infinito. Se mantiene a un costado, aún cuando estallaba en los espacios institucionales como la

⁵¹ Schindel, *El sesgo generacional del terrorismo de Estado*, 285.

escuela, y en las calles y casas, en la vida cotidiana, de múltiples maneras. Lo autoritario como rasgo que connota la mayoría de las relaciones sociales, se articula con las formas de socialización masculina y femenina, y los valores conservadores derivados de la tríada “dios, patria, hogar”. Apenas son recuerdos, recortes llamativos de la experiencia escolar, vecinal, familiar. Suficientemente pregnantes y generalizados como para entender que representan en efecto huellas profundas. Constituyen un horizonte de sentidos compartidos que es rápidamente identificable por las y los interlocutores, vivenciado como común.

Las maneras en que estos rasgos rememorados metaforizan el autoritarismo militar son múltiples. Los actores que lo encarnaron exceden ampliamente a las fuerzas armadas y se difuminan en las relaciones sociales pueblerinas, en las que el nombre propio ubicaba en genealogía y lugar social a sus portadores. No obstante, es necesario recalcar, la diseminación social de los valores y estilos dictatoriales, no procura disolver la responsabilidad de quienes cometieron delitos de lesa humanidad, ni restar carácter singular a la dictadura. Todo lo contrario, procura mirar los modos en que tales rasgos de la cultura y la sensibilidad de épocas reportaron trabajos subjetivos de distanciamiento y transformación a los entonces niños, así como permiten ver cómo lo abominable es también ‘banalmente cotidiano’, parafraseando a Arendt.

Estas continuidades, junto con el acceso de los entonces niños a la información y en general el mundo de los adultos, por un lado, y las diversas vías por las cuales la realidad política penetraba en los hogares y era apropiada como eventos por aquellos niños⁵² que hoy, trabajos de la memoria mediante, los recuerdan y los dotan de sentido desde el contexto político actual, permiten repensar las maneras en que hemos considerado tanto la distinción adultos-niños como la de público-privado. La primera, porque la indudable jerarquía autoritaria de las relaciones generacionales ha llevado a una totalización—creo que errónea—de las posibilidades de acción y represión de los adultos respecto de los niños, sin ver que esa misma distancia operaba también

⁵² Estos modos se separan, por ejemplo, del carácter indirecto y mediado que adopta la memoria de la migración que se halla en Bjerg, *El viaje de los niños. Inmigración, infancia y memoria en la Argentina de la Segunda Posguerra*, 140-1.

construyendo espacios de libertad, resistencia e invisibilidad que eran aprovechados estratégicamente por los niños. La segunda, dado que la construcción de la imagen del hogar como un mundo de la intimidad y los afectos ha eludido, al mirar a los niños, confrontar las continuidades entre distintos espacios sociales organizados en base a sistemas de clasificación etaria jerárquicos así como los modos en que la vida política ingresaba a la intimidad y era desde allí capturada por los niños, o, a la inversa, capturaba a los niños.

La memoria de la infancia durante la dictadura aparece como una instancia de historización subjetiva que por un lado, permite visualizar la imbricación entre política y mundo privado, y por otro, las formas en que los posicionamientos activos alrededor de una experiencia política de los sujetos que compusieron una generación, se constituyó en el pivote para una transformación ética, subjetiva y sensible que modificó las propias formas de concepción de la infancia.